

PQ 2521  
+ 5  
v. 2  
1904



ES PROPIEDAD DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI



FONDO  
RODRIGO DE LLANO

---

# TRABAJO

LIBRO SEGUNDO

III

(CONTINUACIÓN)

Volvió Jordán a su apacible sonreír. No respondió en seguida a la cuestión que Lucas le planteaba, temblando, a propósito de las grandes sumas de dinero que todavía serían necesarias. Con un movimiento, porque sintió frío, atrajo las mantas hacia sus miembros débiles. Y dijo suavemente:

—Ha de saber usted, amigo mío, que tampoco yo estoy muy contento. Sí, esta mañana me ha ocurrido un verdadero desastre... Ya sabe usted mi descubrimiento para transportar la fuerza eléctrica a bajo precio y sin malgastar nada. Pues bueno, me había engañado. No tengo absolutamente nada de lo que creía tener. Esta mañana, un experimento de comprobación ha fracasado totalmente y me he convencido de que hay que empezar de nuevo. Hay que volver a emprender el trabajo de años y años... Ya com-



prende usted lo molesto que es tropezar así con una derrota, cuando se cree estar seguro de la victoria.

Sœurette se había vuelto hacia él, trastornada al saber así aquel contratiempo que ignoraba todavía. También Lucas, compadecido á pesar de sus propias penas, había alargado la mano para estrechar con fraternal simpatía la de Jordán. Sólo éste seguía tranquilo con su temblorcillo de fiebre, que era corriente siempre que se excitaba demasiado.

—Y entonces, ¿qué va usted á hacer?

—¿Qué voy á hacer, amigo mío? Pues voy á ponerme otra vez al trabajo... Mañana volveré á empezar tomando mi empeño desde el principio, puesto que hay que reformarlo todo. Es muy sencillo, no hay otra cosa que hacer... ¡Ya lo oye usted! Jamás se abandona una empresa. Se necesitan veinte años, treinta, vidas enteras; se le dan. Si se ha engañado uno, otra vez paso atrás, y se vuelve á andar el camino ya recorrido, cuantas veces hace falta. Los impedimentos, los obstáculos no son más que paradas, las dificultades inevitables del camino... Una empresa es un hijo sagrado, que es criminal no hacer que nazca. Es nuestra sangre, no tenemos derecho de negarnos á su creación, le debemos toda nuestra fuerza, toda nuestra alma, nuestra carne y nuestro espíritu. Como la madre que muere á veces por causa de la criatura querida que concibe, debemos estar dispuestos á morir por nuestra empresa, si nos agota... Y si no nos ha costado la vida, corriente; sólo una cosa tenemos que hacer cuando está acabada, viva, fuerte; emprender otro trabajo, sin detenernos jamás; siempre una empresa tras otra, mientras estemos en pie, inteligentes y viriles.

Parecía que había crecido, que era grande, fuerte, como acorazado por su creencia en el esfuerzo humano contra todo desaliento, seguro de vencer si utilizaba para la victoria hasta el último latido de sus venas. Y Lucas, que le oía, sentía venir á él, de aquel sér tan débil, un soplo de indomable energía.

— ¡El trabajo! ¡El trabajo! — continuó Jordán, —no hay otra fuerza. Cuando uno ha puesto toda su fe en el trabajo se es invencible. Y es tan fácil crear un mundo; basta, todas las mañanas, volver á la fae-

na, añadir una piedra á las piedras del monumento ya colocadas; hacerle subir tanto como lo permita la vida, sin prisa, por el empleo metódico de las energías físicas é intelectuales de que se dispone. ¿Porqué dudar de mañana si lo hacemos nosotros, gracias á nuestro trabajo de hoy? Todo lo que nuestro trabajo siembra, mañana nos lo da... ¡Ah! ¡trabajo sagrado, trabajo creador y salvador, que es mi vida, mi única razón de vivir!

Sus miradas se habían perdido en la lontananza; ya no hablaba más que para sí, repitiendo este himno al trabajo, que volvía sin cesar á sus labios en las grandes emociones. Y una vez más contaba cómo el trabajo le había consolado, le había sostenido siempre. Si aún vivía era porque había puesto en su vida una obra para la cual había regularizado todas sus funciones. Estaba seguro de no morir mientras su obra no estuviera acabada. El que se entregaba á una empresa encontraba desde luego un guía, un sostén como el regulador mismo del corazón que latía en su pecho. La existencia adquiría un fin, la salud se ordenaba, nacía un equilibrio que producía la única alegría humana posible: la de la acción bien realizada. El, tan enfermizo, jamás había entrado en su laboratorio sin sentir algún alivio. ¡Cuántas veces se había puesto al trabajo con los miembros doloridos, llorando con el corazón! Y siempre el trabajo le había curado. Sus incertidumbres, sus raros desalientos, siempre habían provenido de las horas de pereza. La empresa conducía á su creador; no le era funesta, no le hundía hasta el momento en que la abandonaba.

De pronto se volvió hacia Lucas y concluyó diciéndole sonriente:

— Créalo usted, amigo mío; si usted deja morir á la Crécherie, morirá usted por la Crécherie. Su empresa es usted mismo. Hay que vivirla hasta el fin.

Lucas se había puesto en pie, con un arranque de todo su sér. Lo que acababa de oír, este acto de fe en el trabajo, este amor apasionado de la empresa, le elevaba con aliento heróico, le devolvía á toda su fuerza. En sus horas de cansancio y de duda, sólo de aquel baño de energía que corría á tomar junto á su amigo, aquel pobre cuerpo enfermizo, emanaba se-



mejante irradiación de paz y de certidumbre. Siempre obraba el encanto, un flujo de valor le inundaba, ya no sentía más que la impaciencia de volver á la lucha.

—¡ Oh!—gritó,—tiene usted razón, soy un cobarde, tengo vergüenza de haber desesperado. La dicha humana no está más que en la glorificación del trabajo, en la reorganización del trabajo salvador. El fundará nuestra ciudad... ¡ Pero ese dinero, pero ese dinero que habrá que arriesgar todavía!

Jordán, agotado por la pasión con que acababa de hablar, envolvía los flacos hombros, apretando más contra sí las mantas. Y dijo sencillamente con voz débil, cansada:

—Ese dinero yo se lo daré á usted... Haremos economías; ya nos arreglaremos. Bien sabe usted que con poco nos basta; leche, huevos y fruta. Con tal que pueda pagar los gastos de mis experimentos, lo demás marchará bien.

Lucas le había cogido las manos, que estrechaba con emoción profunda.

—¡ Amigo mío, amigo mío!... Pero y su hermana ¿ vamos á arruinarla también?

—Es verdad,—dijo Jordán,—nos olvidamos de Sœurette.

Se volvieron; Sœurette, silenciosa, lloraba. Seguía sentada junto á su mesita, apoyados en ella los codos, la barba en las manos. Grandes lágrimas rodaban por sus mejillas, al desahogarse su pobre corazón torturado y que sangraba, con aquella ola de ternura. También á ella, lo que acababa de oír la había trastornado, elevando lo más hondo de su sér. Todo lo que su hermano decía para Lucas, resonaba en ella con igual energía. Esta necesidad del trabajo, esta abnegación ante un empeño ¿ no era la vida aceptada, vida lealmente para la mayor armonía posible? En adelante, también ella se hubiera considerado como Lucas, mala y cobarde, si hubiera estorbado á la empresa, si no se hubiera sacrificado á ella hasta renunciar á todo. Volvía á ella otra vez su gran valor de alma buena, sencilla y sublime.

Se levantó; se abrazó á su hermano; así estuvo al-

gún tiempo y, con la cabeza en su hombro, le dijo suavemente al oído, despacio:

—¡ Gracias!... Me has curado; me sacrificaré.

En tanto Lucas, agitado, con nuevo afán de acción, había vuelto á la ventana, mirando el gran cielo azul brillar sobre los tejados de la Crécherie. Y al retirarse repetía una vez más:

—¡ Si es que no aman! ¡ El día que amen, todo se fecundará, todo brotará triunfando bajo el sol!

Sœurette, que se le había acercado cariñosa, dijo entonces, con el último temblor de su triste carne dominada:

—Y hay que amar sin querer ser amado; porque la empresa no puede comenzar á ser más que por amor de los demás.

Esta frase de una criatura que se entregaba toda con la única alegría de entregarse, cayó en medio de un gran silencio en que temblaba algo. No hablaron más; los tres, unidos en fraternidad estrecha, contemplaron á lo lejos, entre verdes, la ciudad naciente de justicia y de felicidad que iba á extenderse poco á poco á lo infinito, ahora que estaba sembrado mucho amor.

#### IV

Desde entonces, Lucas, el constructor, el fundador de pueblos volvió en sí, quiso, obró, y los hombres y las piedras se levantaron á su voz. Se vió al apóstol en su misión, en su fuerza, en su alegría; estaba muy contento, dirigía la lucha de la Crécherie contra el Abismo con triunfante animación, conquistando poco